

Entendimiento y Valoración Política del Hombre

Por JOSÉ MARRIA DEL MORAL Y PÉREZ DE ZAVAS

(Continuación)

Y aunque también los sofistas se preocuparon directamente del hombre, el bosque de su dialéctica les impidió la visión aislada del árbol, por lo que habremos de llegar al último de ellos, y su mayor debelador a un tiempo, Sócrates, para encontrarnos ante un hito fundamental y decisivo en la comprensión de lo que el hombre sea.

Fué Sócrates quien, dando un paso definitivo en esta racionalización del mundo, descubre el «concepto», la definición, y con este pie forzado se plantea directamente el tema del hombre, haciendo suya la famosa inscripción delfica: «Conócete a tí mismo». Momento capital en la historia de la humanidad este en que la Filosofía nace como concepción de la vida.

El proceso socrático se nos aparece hoy a nosotros con claridad y sencillez extremas. Sócrates, en apariencia, no hizo sino desentenderse del mundo exterior para centrar en el hombre el objeto de su análisis. No le interesa otro paisaje que el del alma — el de la figura, añadiríamos con palabra de Eugenio d'Ors, — pues las dudas que le inquietan no ha de resolverse la reflexión sobre la naturaleza y sus fenómenos. Es descubriéndose a sí mismo y hallando la ley moral de las acciones específicamente humanas, como podrá encontrarse contestación adecuada y convincente. Pasa el hombre a ser el ente activo por excelencia, depositario e irradiador de valores, el ser primordial, el ser por antonomasia, que descubre el básico papel para el que ha sido destinado en el aparente confuso concierto de los seres creados.

Con Sócrates se proclama «el evangelio» del hombre sobre sí mismo y de la autarquía de su personalidad moral», abriéndose para la Filosofía el periodo antropológico, en que todavía nos seguimos moviendo, frente al cosmológico en que hasta entonces permanecía encallada.

El hombre socrático, al descubrirse, se topa de bruces con la «exigencia moral». La conciencia y el deber se presentan con una nueva dimensión al señalar el imperativo del bien, la verdad y la belleza como fines de la voluntad, de la inteligencia y del sentimiento del hombre; fines insoslayables y que han de realizarse precisamente a través de una también insoslayable y natural vía de perfección. Aquel famoso «daimon», que Sócrates creyó escuchar, era su propia conciencia, la conciencia moral del hombre, por primera vez escuchada de un modo reflexivo. La moral, como norma primaria, natural, superior y obligatoria, sentaba plaza en el mundo por boca y hechos del hombre más sublime de la antigüedad. De uno de los hombres más cabales y enteros que la humanidad haya jamás engendrado.

Pero Sócrates — pasando ahora al plano de lo político — no fué ni quiso ser un reformador social. Le bastaba ser un descubridor de almas. Quiso, eso

sí, reformar el pequeño círculo en que vivía — su Polis, Atenas — pero desde dentro, comenzando por el individuo. Su influencia sería lenta, impugnada, combatida. El análisis socrático del hombre inspiraba verdadera repugnancia en los medios oficiales atenienses, pero no pudieron evitar con su condena el poderoso influjo que de un modo incontenible se hizo pronto sentir en la estera del pensamiento griego.

Sin embargo, aun para este hombre socrático quedaba su vida en relación y dependencia del destino. Un destino arbitrario y extrínseco que para el hombre era a ún mismo tiempo necesidad y casualidad. Es este implacable destino el que impide que el hombre pueda llegar a formarse una clara noción del pecado y de la culpa, porque la humana libertad como determinante suprema de lo humano, queda condicionada al «fatum» determinante e inapelable.

La mención aquí de Platón y Aristóteles como epígonos del humanismo socrático, es obligada siquiera sea de soslayo. Platón abordará ya el tema del hombre desde una posición dualista reconociendo la inmortalidad del alma y su relación con la esencia divina. Y Aristóteles, por su parte, completará esta visión platónica del hombre con su teoría de la materia (cuerpo) y la forma (alma) como elementos inseparables, de los que la forma da actualidad a la materia, siendo por tanto el principio vital que en el hombre se traduce en capacidad de pensar y conocerse, elevándose desde aquí hasta lo divino. O sea, que lo que caracteriza al hombre es el saber; en el saber halla el hombre su perfección y la vida que consiste en saber, es la única plena realidad de lo humano.

Todo esto, sin duda, era muy hermoso. Pero la realidad de la vida política en Grecia no consintió que estas consideraciones descendiesen de la estera de la especulación filosófica o, en el mejor de los casos, de la esfera de la moral privada.

En ninguno de los muchos Estados Griegos, llegó nunca a concebirse la idea del hombre como individualidad ajena y anterior a su condición de ciudadano de una «polis» determinada. El extranjero no tenía ningún derecho «a priori» y el esclavo era una simple «cosa» más. Ni los filósofos más preclaros pusieron nunca en duda las razones legales de la esclavitud como institución.

El Estado, — llámese Atenas, Corinto o Esparta — lo era todo. Si el ciudadano podía considerarse como un hombre libre, esta consideración partía del hecho de no obedecer ni depender de otro hombre. Pero era el esclavo de la ley. El Estado, hacía de él un ciudadano al garantizarle el disfrute de libertades políticas y civiles, pero esclavizándole hasta hacerle objeto de su pertenencia. El Estado dictaba la moral, regulaba la economía, la vida privada y hasta las creencias religiosas.

(Continuará)